

En el pequeño pueblo manchego de Villar de Cañas ya se han ido los periodistas. La candidatura que este ayuntamiento conguense ha presentado para albergar el Almacén Temporal Centralizado de residuos de alta y media actividad (ATC) ha añadido contendientes en las diversas polémicas organizadas en torno a la energía nuclear.

Todos los que tienen intereses en ese tema han escogido este hermoso y tranquilo lugar para intentar usarlo como altavoz, mientras los vecinos contemplan este bullicio un poco sorprendidos pero nada preocupados. Natalia es uno de los 461 habitantes empadronados en este pueblo, tiene 21 años y está estudiando Comunicación Audiovisual en Madrid. Para ella estos días han sido muy especiales, ha sentido como si de repente sus apuntes cobrasen vida frente a ella y se hiciesen extrañamente reales.

Desde que el 22 de enero pasado se aprobase en pleno municipal, de manera unánime, solicitar el emplazamiento del ATC en el pueblo la asignatura de Opinión Pública (OP), y sus contenidos han dejado de ser teoría hueca. Ella ve desfilar ante sus ojos los conceptos que había intentado imaginar y comprender.

Empezando por el nombre mismo de la materia todo se aclara y se enreda a la vez. En sus apuntes lee que un autor ha identificado más de sesenta definiciones de la opinión pública y ella intenta pensar en cómo poder aprehender esa suma de opiniones de gentes individuales (construidas cada una a su manera, por reflexión, por simples predisposiciones, etc.) en lo que ve escrito en letras grandes: OP.

Mientras contempla desde la ventana de su habitación la plaza, donde una estrafalaria escultura de Don Quijote y Sancho pone un toque típico, se pregunta si las dos maneras en las que se pretende amalgamar pensamientos individuales son una dicotomía real o tienen los límites porosos propios de dos realidades que se influyen mutuamente. Le interesa esa opinión pública agregada, porque la encuentra más cercana a lo concreto, a lo mensurable. Ahí puede encuadrar sin dudar la votación en el pleno donde los ciudadanos, por medio de sus representantes electos, hacen saber su voluntad. Es consciente de que la representatividad real es algo discutible, porque los elegidos hace tres años toman las decisiones por todos los vecinos del pueblo, pero sigue encontrando tranquilizadora la presencia de algo indiscutible: los hechos.

La otra vía para acercarse al concepto de OP, esa que sus papeles denominan discursiva, le causa una cierta prevención porque es algo más etéreo sujeto a valoraciones e interpretaciones. Encuentra hermoso ese idealismo que parece creer posible una aplicación general del bienintencionado aforismo de que *“hablando se entiende la gente”*. Recuerda, mientras lee, aquellas charlas en el bar de su tío Faustino cuando se empezó a hablar de todo el asunto del ATC y nadie sabía una palabra del tema. Ahora la gente se ha documentado y discute de la gestión de residuos como antes se conversaba de fútbol o de las tareas del campo. Y esto sí ha sido un proceso, no sabría decir si tan formal como se pinta en los manuales, pero lo cierto es que el tiempo ha hecho que cada vecino haya ido formándose una opinión.

Sería reconfortante creer que esas opiniones, nacidas o reformadas al amparo de esta posibilidad de supervivencia del pueblo, son exclusivamente racionales, pero Natalia ha visto cosas en las últimas semanas que la devuelven a la crudeza de sus apuntes, a las predisposiciones: el equipaje de “las actitudes, los valores, los esquemas cognitivos y las identidades colectivas”. Su primo ecologista no dejará de creer que la energía nuclear es algo terrible y seguirá luchando contra cualquier manifestación de la misma, aunque en su familia ya nadie tenga trabajo o aunque no pueda obviar que algo tiene que hacerse con lo que ya existe. También ha comprendido que muchos se ciegan con la promesa de futuros empleos e inversiones sin poder atender a ninguna otra cuestión. Le vienen a la cabeza imágenes del pleno donde unos pocos, amigos y hasta parientes, se gritaban como energúmenos manteniéndose cerrilmente en sus convicciones.

Enfrentada a la realidad de su pueblo ha empezado a cogerle cariño y a admirar a su alcalde. Nunca ha tenido relación con Chema pero ahora, contemplando cómo se desenvuelve en estas circunstancias, le parece estar asistiendo a una clase práctica de Opinión Pública. Cuando, en su momento, le había echado un vistazo a sus esquemas le había parecido obvio que todo el sistema español era una democracia representativa, que ni siquiera a la pequeña escala de su modesto pueblo, la democracia directa pasaba de ser una utopía. Ahora, después de que todo haya pasado, le entran dudas, y no sabe si la que falla es ella a la hora de entender la realidad mediante esas herramientas conceptuales o si estas son solo una aproximación, una simplificación, que enfrentada a la realidad muestra sus carencias.

Las elecciones de 2007 convirtieron a siete personas en representantes de los 505 vecinos de entonces y Natalia entiende que, *de facto*, eso retrata al sistema de gobierno de su pueblo como una democracia representativa. Ahondando en el concepto y sus componentes las cosas ya no le parecen tan claras. El interés de todos los concejales en satisfacer al mayor número de vecinos posible revela el utilitarismo. Cuando entra a valorar el economicismo titubea, entre ser purista y considerar que el postularse para acoger el ATC no recoge ninguna demanda concreta de los electores o abrir su mirada y pensar que es una consecuencia natural de la voluntad genérica de luchar contra el paro. También ve una actuación, a veces desmesurada, de grupos de presión pero considera que ese es el peaje de un sano pluralismo a pesar de que se den extrañas alianzas.

Lo que curiosamente echa en falta es el elitismo, ninguno de los pretendidos políticos se quiere definir así y menos aun permiten que se les catalogue de profesionales del asunto. Todavía se ríe sola cuando recuerda como el señor alcalde, en una entrevista radiofónica, pareció tomarse como una ofensa la suposición de que un militante del PP como él tendría que plegarse a las directrices de los jefes de su partido. Aquella respuesta de que él sólo respondía ante sus vecinos y que si no le iban a dejar hacer las cosas como el creyese se volvería a su negocio, la reconciliaron con el mundo por un momento. En esa semilla de rebeldía, en la imperfecta adecuación de su pueblo al caso típico, ella vio como se enriquecía la democracia de la que disfrutaba.

En ese momento de euforia empezó a considerar la utópica democracia directa y no pudo evitar que con ella viniesen unas ciertas resonancias anarquistas, de las asambleas populares en los lugares controlados por la CNT durante la guerra civil. Si, en su pueblo se habían vuelto a producir muchas reuniones: donde casi todos los vecinos expresaron sus opiniones, donde varios expertos aportaron argumentos y, sobre todo, en el pueblo se había llegado a un tácito consenso. Se felicitó de que en ese proceso hubiesen sido casi ejemplares, pero no pudo engañarse creyendo que esta situación concreta fuese extrapolable a cualquier otra circunstancia de su pueblo, o en cualquier otro lugar de mayor dimensión que hiciesen del todo inaplicable.

Los apuntes de Natalia terminan con algo llamado democracia deliberativa, concepto que ella no había escuchado antes. Leyendo sobre el tema, descubre en él la síntesis de un proceso dialéctico que enfrenta a los dos tipos de democracia anteriores y los supera. Afronta las debilidades de cada uno y trata de lograr un sistema asentado en la realidad de las cosas, pero aspirando a su mejora. Buscan sus teóricos una mayor participación de los ciudadanos en los procesos políticos de toma de decisiones, mediante instrumentos que faciliten el que la gente pueda exponer sus intereses, conocer los ajenos y lograr un compromiso entre ambos. Se alerta de los peligros del pensamiento único y de las posibles manipulaciones a que podría dar lugar el mal uso de estas herramientas, pero se confía sobre todo la perfectibilidad del sistema.

Y, de repente, eso que sonaba tan abstruso encontró apoyo real en su pequeño pueblo. Las charlas informativas de los técnicos, los acalorados debates en las reuniones y esa constante disposición de todos a hacer lo que fuese, pero todos juntos, se le revelaron de pronto como mecanismos de democracia directa. Mientras volvía a Madrid y a sus estudios, Natalia rezaba para que cayese esta cosa en el examen y pudiera sentirse un poquito más orgullosa, todavía, de su pueblo: Villar de Cañas. Estaban dando una lección a los demás, estaban demostrando que las cosas pueden hacerse mejor, no solo soñarse mejores.